

BRUSELAS, DOS DÍAS DE MARZO



CRÓNICA

Domènec Ruiz Devesa

Asistente parlamentario alicantino acreditado en el Parlamento Europeo y miembro del comité federal de la Unión de Federalistas Europeos

En la mañana del martes 22 de marzo de 2016, un amigo me avisaba a las 8.23 horas por *whatsapp* de la explosión en el aeropuerto de Bruselas Zaventem, poco antes de que me dispusiera a salir caminando desde mi domicilio en la plaza de Londres hacia el edificio principal del Parlamento Europeo en la cercana plaza de Luxemburgo. Aunque todo apuntaba a que se trataba de un grave atentado, aun sin conocerse el número de víctimas o heridos, por automatismo dejé a mi compañera y a mi hijo de apenas tres meses en casa, y casi como si fuera un día normal pero no por ello sin estupor, me trasladé al emblemático edificio, mi lugar de trabajo como asistente parlamentario acreditado, pensando en que ya en la oficina me llegaría más información sobre el ignominioso hecho, de cariz claramente islamista. Además, el diputado con el que colaboro debía intervenir esa misma mañana en la Comisión de Asuntos Económicos y Monetarios, por lo que mi ausencia no era en principio excusable.

Y en efecto, cuando llegué pocos minutos después de las 9 horas a la entrada principal de la cámara que representa la soberanía popular europea, nada parecía indicar que algo verdaderamente trágico estaba sucediendo, salvo por el hecho de que muchos conocíamos ya la triste noticia cuando abandonamos nuestros hogares. Franqueé la puerta del Parlamento Europeo como cualquier otro día, sin tener que pasar mi malecón por el escáner ni enseñar más documentación que mi acreditación. Tampoco se observaba una presencia policial o militar más acusada de lo normal. Si acaso, lo más inusual era el tiempo, soleado y despejado, poco habitual en esa pasanubes que es Bruselas.

Horas después, reflexionando sobre lo sucedido, concluí que en Estados Unidos por ejemplo, en cuya capital trabajé cerca de cuatro años, si hubiera explotado una bomba en el aeropuerto de Washington D.C. a primera hora la mañana, el gobierno federal habría procedido de inmediato a cerrar todos los edificios oficiales, incluyendo las sedes de las organizaciones internacionales

tales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Sin embargo, en Europa miles de funcionarios comunitarios accedimos a las instituciones europeas con toda normalidad en la mañana de ese aciago martes de marzo, llenando por tanto de potenciales víctimas estos objetivos obvios del terrorismo.

Una previsión que quedó confirmada cuando me encontraba en el ascensor que me conducía a la undécima planta del edificio, pues una compañera de trabajo me alertaba de un segundo atentado en el metro, entre las estaciones de Maelbeek y Schuman, en pleno corazón del barrio europeo de Bruselas. Entonces, una nueva sacudida de tristeza zarandó mi ser. Lo primero que pensé fue en el horror que supone una explosión en el interior del suburbano, y mentalmente concluí que los asesinos iban a sumar muchas más muertes a su macabra cuenta de resultados, tras la masacre del aeropuerto. Pero también me di cuenta de que los terroristas no estaban golpeando solamente al estoico pueblo belga, sino también, y por primera vez en sesenta y seis años de historia, a las propias instituciones de la Unión Europea, al atentar la línea que conecta las dos estaciones más cercanas a los edificios de la Comisión Europea, el Consejo de la Unión y el Parlamento. Por últi-

mo, sentí miedo. Si habían atentado ya en el aeropuerto, y en el metro, era perfectamente posible que se tratara de atacar la estructura en la que me encontraba en ese preciso instante. Ante la posibilidad de que se produjeran nuevas explosiones, inmediatamente avisé a mi pareja de que bajo ningún concepto saliera de casa.

Ya en mi despacho, cuando me disponía a tratar de conseguir más información sobre lo que estaba ocurriendo a través de la prensa digital, el diputado **Ramón Jáuregui** me avisa de que la comisión parlamentaria más arriba citada había decidido no suspender la sesión para no permitir que el terror alterara la vida de la institución, a propuesta de la diputada liberal francesa **Sylvie Goulard**, por lo que teníamos en todo caso que preparar su intervención, mientras los servicios de la cámara empezaban a mandar por correo electrónico instrucciones de seguridad,

Me di cuenta de que los terroristas no estaban golpeando sólo al pueblo belga sino a las instituciones europeas

De regreso a casa pudimos comprobar cómo algunos ciudadanos desafiaban al terrorismo saliendo a ocupar las terrazas

incluyendo en particular la recomendación de no abandonar el edificio. Entretanto, seguíamos recibiendo noticias, quince, veinte, treinta muertos, y cientos de heridos, de los cuales muchos en estado crítico. La pena da paso a la indignación, cuando no a la rabia. Cómo es posible, me preguntaría, que todavía hubiera personas en este mundo que consideraran que la mejor manera de resolver sus querellas fuera inmolándose atado a una bomba, llevándose por el camino a una multitud de ciudadanos inocentes e indefensos e ignorantes de sus diabólicas y suicidas intenciones.

Al cabo, recordaría los dos días de noviembre que pasamos en Bruselas en situación de toque de queda, ante la amenaza de una réplica de los brutales y también indiscriminados atentados de París, y que ha acabado materializándose poco antes de las vacaciones de Pascua, cuando media ciudad se disponía a trasladarse a los lugares de temporada, añadiendo caos al caos, y bloqueando las comunicaciones aéreas de la capital belga quién sabe por cuantos días.

Poco después me di cuenta de que había quedado a almorzar con un colega del servicio de investigación, por lo que le escribo un mensaje cancelando la cita, dada la confusión general que reinaba en el Parlamento. Al no recibir respuesta, lo llamé a su oficina. Nada. Decidí, a la una, la hora convenida, presentarme con cierta preocupación, en el comedor de la planta 12 del edificio Paul Henri Spaak, por si acaso aparece. Tampoco. Entonces me pongo en contacto con el departamento de recursos humanos. Solo horas des-

pués me confirmarán que mi compañero de trabajo supo de los atentados antes de salir de su domicilio y que con buen tino decidió quedarse en casa. Respiré aliviado, mientras yo mismo voy contestando decenas de mensajes que voy recibiendo desde España preguntando si estoy bien, en tanto que yo voy haciendo otro tanto con amigos y conocidos que viven en la ciudad. Por suerte, sí que lo estoy. Pero qué decir de esas personas que han perdido la vida de una manera tan injusta y gratuita. Y del terror con el que nos quieren hacer vivir que cada vez que embarcamos en un avión, en un autobús, en un tren, en un metropolitano.

Hacia las 16 horas de la fatídica jornada nos informaron de que podíamos abandonar la sede parlamentaria, lo que por otro lado no era sorprendente pues es la hora a la que muchos padres tienen que ir a recoger a sus niños a las guarderías. De regreso a nuestros domicilios, pudimos observar cómo algunos ciudadanos desafiaban a los terroristas saliendo a ocupar las terrazas aprovechando el buen tiempo, aun cuando el zarpazo del terror convertía a una Bruselas insospechadamente primaveral en una urbe privada de tráfico rodado y del típico bullicio que acompaña esta ciudad cuando las nubes se ausentan.

Al día siguiente, poco antes de empezar escribir estas líneas, en un día esta vez sí típicamente gris y carolingio, unas pocas decenas de diputados, funcionarios y ciudadanos nos concentramos a las doce del mediodía en el mismo corazón comunitario, frente al simbólico edificio en forma de aspa conocido como Berlaymont, sede de la Comisión, y no muy lejos de la estación de Maelbeek, para recordar a las víctimas con un minuto de silencio.

Pensé mientras nos dispersábamos en todo lo que hemos conseguido los europeos desde que **Robert Schuman** y **Jean Monnet** lanzaran su Comunidad Económica del Carbón y del Acero en clave federal el 9 de mayo de 1950, y cómo en aquel momento el reto de reconciliar a franceses y alemanes debió parecer inconmensurable. Hoy, Europa se enfrenta a grandes desafíos, desde el alto desempleo, a la gestión de los flujos de refugiados, pasando desde luego por la lucha contra el terrorismo. Solamente una respuesta verdaderamente europea, solidaria y federal, nos permitirá, ahora y como entonces, superar el odio y el horror.



Banderas de la UE ondeando a media asta frente a la Comisión Europea en Bruselas. MEENA FERNANDES